

La danza, una libertad aún por conquistar

Nadia Jiménez
Crítica de Danza



“¡Cada día en el que no hayamos bailado al menos una vez, estará perdido para nosotros!” (Nietzsche). El mundo ha danzado siempre, como celebración y como petición, exhibición o diversión, en ceremonias y en fiestas populares, pero siempre expresando un sentimiento que se desea compartir con otro u otros. Así, a lo

largo de la historia, queda reflejado en un coro de Goya, un vals con Renoir o un be-bop al ritmo de Picasso, quienes, entre muchos más, plasmaron en color la fiesta de los cuerpos, y bailaron. No existe un solo pintor que haga un cuadro para sí mismo y, sin embargo, refleja en él la belleza más personal, compleja, aquella que es objeto del Arte con mayúsculas, el que maneja lo irreal e inexistente, olvidándose de las verdades sencillas de las que ya se ocupa la vida. Una vida que, si bien va más deprisa que el Realismo, no alcanza la velocidad del Arte, y, pese a ello, en las ocasiones en las que el público acude a ver danza al teatro, aún espera los ballets narrados, sin abandonarse al pensamiento, observando imágenes que se superponen, ajenos a la pretensión de lo que tras ellas se esconde, sin reparar en que son ellos quienes han de poner el texto a la obra, uno

propio, pues el movimiento nace de la oscilación entre la materia y el espíritu. Naturalmente, esto exige del espectador una cuota de participación en la voluntad de comunicación del bailarín, para así hacer desaparecer esa cuarta pared invisible que separa ambos mundos; es una flecha de dos direcciones que no siempre halla punta en el extremo de aquel que observa, quien debe sentir qué le baila dentro mientras ve cómo se mueven aquellos que hacen suya una quinta pared.

La quinta pared es esa en la que el intérprete dialoga con la gravedad, sobre la cual baila y se expresa, se reencuentra consigo mismo invitando a la reflexión, requiriendo una actitud igualmente activa por parte del que abre los ojos a su genio. Y es que el balance de las tres últimas décadas se traduce en la individualidad en el arte. En la danza, se han abierto nuevos caminos que buscan un espacio para la diferencia, siendo el propio movimiento el que inspira, como un niño que descubre la vida, y haciendo de la búsqueda una finalidad en sí misma. La Danza es Una, pero sólo observando el cuerpo interiormente, lo entenderemos exteriormente, pues el baile no es sólo el estiramiento acompasado de los miembros, sino también meditación interna.

La danza activa los inconscientes de los espectadores, recordándoles su protagonismo más íntimo: la complicidad de una imagen ya vivida, y el sueño de la que aún está por vivir. La Danza es una libertad que el público aún no ha conquistado. ■